

Dewey, Darwin, la filosofía y la ética.

Federico E. López (FaHCE IdIHCS UNLP, CIC)

Ana Helena Cerván Lacunza (IdIHCS-FaHCE- UNLP)

1. Introducción

Desde la publicación en 1859 de *El origen de las especies* de Charles Darwin, se han sucedido una multiplicidad de intentos de utilizar la teoría de la evolución y la biología en general para abordar los problemas de los que se había ocupado la ética o la moral como disciplinas filosóficas. En las últimas décadas, incluso, se ha pretendido apelar a los resultados de disciplinas como la neurociencia, la primatología o la psicología comparada con el fin de dar respuesta a distintos problemas éticos. Frente a este intento de vincular la “vida moral” de los seres humanos con su condición biológica, pueden rastrearse, como señala Frans de Waal (2007), dos posiciones contrapuestas. Por un lado, la postura que él denomina la “teoría de las capas”, que entiende a la moralidad no sólo como algo exclusivamente humano, sino también como una suerte de constreñimiento operado desde la cultura hacia los impulsos animales. Así, desde este punto de vista, la moralidad, en tanto que dimensión de la cultura comienza allí mismo donde termina la naturaleza. Durante las primeras décadas del siglo pasado teorizaciones afines a la de Waal cobraron gran difusión en el contexto de la filosofía anglosajona, e incluso cualquier posición que pretendiera utilizar los resultados de las ciencias para abordar cuestiones morales era considerada simplemente como un grosero ejemplo de “falacia naturalista” o de “falacia genética” (cfr. Cohen, 1914)

La otra posición analizada por de Waal, y que vincula con el propio Darwin, sostiene que el fenómeno de la moralidad tiene raíces evolutivas y por ello no puede ser pensado como un elemento cultural opuesto a la naturaleza, sino que debe ser entendido en continuidad con ella. A efectos de apoyar esta posición, de Waal recurre a una serie de estudios de

psicología comparada de primates y de otros mamíferos que muestran la presencia en el mundo animal no-humano de la empatía y la reciprocidad, que son entendidos en este contexto como los pilares de la conciencia moral (de Waal, 2007).

En este contexto se ha observado que la concepción de la ética de John Dewey, e incluso del pragmatismo en general, se halla fuertemente comprometida con una posición próxima a la de Waal. Esta interpretación puede sustentarse en la importancia que el propio Dewey confirió al darwinismo. Así, por ejemplo, Jerome Popp (2007) ha sostenido que es posible considerar a Dewey como el primer filósofo de la evolución; y yendo aún más allá, que el núcleo lógico de la filosofía de este autor no es tanto la concepción de la democracia como suele sostenerse, sino más bien la idea de un desarrollo de la inteligencia leído en clave evolucionista. Independientemente de la exactitud de esta interpretación lo cierto es que la teoría de la evolución ocupa un rol central en el pensamiento del filósofo pragmatista que se traduce en una serie de restricciones metodológicas a las que toda filosofía, después de Darwin, debería ajustarse. En efecto, como sugiere Popp: “Dewey argumenta que la tesis de Darwin nos muestra que la búsqueda pre-darwiniana de un enfoque adecuado para la epistemología y la ética que no considere, o que explícitamente rechace, la ciencia ya no es una práctica filosófica aceptable” (2007, p.2). Puede apreciarse así que la cuestión que nos ocupa está estrechamente relacionada con el problema de la relación entre la filosofía y las ciencias. Por ello no resulta sorprendente el intento de vincular a Dewey y al pragmatismo en general con posiciones que pretenden utilizar los resultados de la ciencia para abordar problemas filosóficos.

El objetivo de este trabajo es, en primer lugar, analizar el modo en que Dewey ha pensado el vínculo entre ciencia y filosofía, y el valor que ha otorgado a la ciencia en el contexto de su concepción de la ética. Intentaremos mostrar que la utilización por parte de Dewey de la teoría de la evolución es fundamentalmente metodológica, y que lejos de constituir una mera aplicación científicista del método evolutivo en la filosofía, supone una verdadera re-adequación reflexiva del mismo. Aunque no podremos detenernos en ello, esta re-adequación supone, asimismo, otorgar una relevancia similar a la que se le ha dado a la biología, a los resultados de otras disciplinas científicas como la antropología, la etnografía o la sociología. De acuerdo a esto, como segunda tarea, reconstruiremos los rasgos

principales de lo que Dewey entendió como “método genético” y su aplicación a la cuestión de la ética.

2. Epistemología y crítica ético-política de la ciencia

En su conocido artículo “Algunas consecuencias de cuatro incapacidades”, Ch. S. Peirce (2012) delinea un programa de investigación que puede ser considerado como el núcleo del pragmatismo. Allí sostiene el padre del pragmatismo, contra una posición que identifica como cartesianismo, que la filosofía no puede fundarse en el ejercicio de la duda absoluta sino que debe empezar con todos los “prejuicios” que realmente tenemos. Ello supone en nuestra opinión un abandono de la idea de la filosofía como saber sin supuestos, y con ello una profunda revisión de la relación entre ciencia y filosofía. Esta concepción “fundacionalista” de la filosofía, en efecto, ha estado asociada a un intento de demarcación entre ésta y la ciencia. La ciencia, se sostiene en este contexto, no puede poner en cuestión todo, sino que debe asumir algunas ideas aun cuando no pueda darles un sustento, pues el remontarnos hacia atrás en la línea de los fundamentos alejaría a la ciencia de su objeto propio, esto es, el mundo empírico. Por su parte, la tarea propia de la filosofía sería precisamente emprender ese camino lleno de obstáculos para dar con una certeza o verdad, que una vez encontrada permitiría ofrecer una fundamentación filosófica de la ciencia misma. Desde el punto de vista de una posición semejante, resulta por principio inadmisibles que la filosofía tome como punto de partida los aportes de la ciencia. En efecto, ello supondría incurrir en una falacia de petición de principio.

Ahora bien, la posición de Dewey se toma un sentido distinto. En su opinión, la filosofía debe tomar como punto de partida las creencias bien establecidas, incluso si ellas son el resultado de otras disciplinas. Así, por ejemplo, el darwinismo constituye para Dewey un punto de partida e incluso supone un desafío para la filosofía que deberá ofrecer una caracterización de la experiencia humana consistente con la concepción naturalista del ser humano que se sigue de la teoría de la evolución. Ello se traduce en una serie de restricciones metodológicas a las que toda filosofía, después de Darwin, debería ajustarse. La más importante de ellas es el denominado principio de continuidad, que Dewey explicita

en su lógica de 1938 (lw.12)¹ y que tiene profundas consecuencias respecto del modo en que se comprende la actividad inteligente en sus dimensiones normativas, actividad que debe ser entendida en continuidad con las funciones más básicas del animal humano.

Desde el punto de vista de la epistemología, esta posición tiene importantes consecuencias. La más destacable es que la reflexión filosófica sobre el conocimiento no puede pensarse ya como el intento de dar fundamento a la ciencia; en efecto, una tarea tal es responsabilidad de cada disciplina científica. Si la ciencia es un área del saber, debe ocuparse de darse a sí misma una fundamentación suficiente, puesto que ello es lo que implica obtener conocimiento, en el sentido de creencia validada, o aserción garantizada para usar la expresión deweyana. Esto no implica que la filosofía deba abandonar la reflexión sobre el conocimiento y la ciencia, sino más bien que es necesario ampliar la epistemología de modo que estudiemos el papel y la importancia del conocimiento en el contexto de la experiencia humana como tal. En palabras de nuestro autor,

Trabajar exclusivamente dentro del campo proveído por las ciencias mismas es ignorar su contexto vital. El lugar de la ciencia en la vida, el lugar de su materia peculiar en el amplio esquema de los materiales que experimentamos, es una función más fundamental de lo que lo es cualquier reflexión auto contenida de la ciencia como tal. (lw.6.19-20)

Aunque no podemos detenernos en ello por razones de tiempo, resulta importante tener en cuenta que la filosofía no renuncia a su dimensión crítica respecto del conocimiento científico. Sin embargo, la crítica no es epistemológica en el sentido tradicional, es decir, no intenta dar cuenta de la posibilidad del conocimiento, sino que es fundamentalmente ético-política. Desde el punto de vista de Dewey, la ciencia es una herramienta desarrollada por el animal humano a efectos de preservar o producir estados de cosas considerados como buenos. Por ello, la ciencia no puede ser filosóficamente pensada sin considerar a los fines y valores a los que sirve. El siguiente pasaje permite apreciar el tipo de crítica realizado por nuestro autor:

¹Las obras tardías de Dewey se citarán de acuerdo a la versión electrónica de las obras completas (Dewey, J., 1985). Las letras “lw” refieren a las *The Later Works of John Dewey*. Luego de ello se menciona el volumen, y en caso de que corresponda, el número de página.

Hay un problema genuino y extremadamente serio en conexión con la aplicación de la ciencia en la vida. Pero es un problema práctico, no teórico. En otros términos, concierne a la organización económica y legal de la sociedad en virtud de la cual el conocimiento que regula la actividad es en gran parte monopolio de unos pocos, y es usado por ellos en nombre del interés privado y de clase y no para un uso general y compartido. (Iw.4.65)

3. La ética y el método genético

Como hemos dicho, Dewey fundamentalmente en escritos de fines del siglo XIX y principios del XX confirió una importancia fundamental a lo que llamó el método genético o histórico en la ética. En efecto, nos encontramos con dos artículos, uno titulado “Evolution and Ethics” (1898), y otro titulado “The evolutionary Method As applied to Morality” de 1902, en los que nuestro autor explora las relaciones entre la ética y la teoría de la evolución. Aunque esta impronta no resulta tan evidente en sus textos tardíos sobre la cuestión, por ejemplo en su *Ethics* de 1932 (Iw.7) ni en su *Theory of Valuation*, con todo, la posición desarrollada en dichos escritos tempranos no sufre en nuestra opinión una gran transformación.

Podemos resumir el aspecto central de la posición de Dewey, presente tanto en los textos tempranos como en los tardíos como sigue. Para Dewey todo conocimiento es transformación. Toda idea, toda teoría, adquiere valor en función del tipo de transformaciones que promueve y/o permite desarrollar. Ello no es diferente respecto de la ética entendida como aquella actividad inteligente o reflexiva mediante las cuales evaluamos y elegimos los fines de nuestra acción. Como hombre profundamente involucrado en los conflictos de su tiempo, Dewey siempre buscó contribuir, a través de la práctica filosófica y pedagógica, en la transformación de las prácticas de evaluación moral y política. La siguiente cita extraída de su *The Quest For Certainty* permite hacernos una idea del tipo de realidad que buscaba producir:

Permítaseme por un momento un vuelo imaginativo. Suponga que los hombres hubieran sido sistemáticamente educados en la creencia de que la existencia de los valores puede dejar de ser accidental, estrecha y precaria sólo a través de la actividad humana dirigida por el mejor conocimiento disponible. Suponga también que los

hombres hubieran sido sistemáticamente educados para creer que lo importante no es estar ellos mismos en lo “correcto” en relación con el autor y garante antecedente de esos valores, sino formar sus juicios y llevar a cabo su actividad sobre la base de las consecuencias públicas, objetivas y compartidas. Imagine estas cosas e imagine luego cómo podría ser la situación presente (Iw.4.37)

Esta cita expresa la esperanza de Dewey, no sólo en la educación, sino en el potencial de la formación de nuestros juicios éticos y políticos sobre la base de una observación de lo que ocurre en el mundo, observación informada por la ciencia. En su opinión, al momento de analizar y evaluar los fines que se encarnan en nuestras prácticas nos enfrentamos a tres posibilidades reales: o permitimos que nuestros fines se limiten a reproducir los deseos y emociones tal como ellos se presentan, o determinamos nuestros fines de acuerdo con la tradición, subsidiariadel interés privado de una cierta clase, o elegimos nuestros fines, a partir de nuestros deseos y emociones pero sometiéndolos a una revisión inteligente e informada por nuestro conocimiento del mundo.

Se trata, en todos los casos de posibilidades no meramente teóricas, sino de cosas que de hecho ocurren. Muchas veces nos limitamos a reproducir los fines y valores que la tradición nos ha impuesto, otras veces dejamos que nuestros deseos y emociones determinen lo que creemos bueno o malo, y otras consideramos la situación, las causas y consecuencias de nuestras acciones y nuestros deseos y nos formamos unos nuevos fines en consecuencia con ello.

De acuerdo con Dewey, cuando nos limitamos a las dos primeras opciones tan solo nos quedamos en el plano de una moral de costumbre, mientras que la última opción supone una moral reflexiva. Por otra parte, la ética como disciplina filosófica no es más que una prosecución deliberada y sistemática de la moral reflexiva. Por ello, un parte fundamental de la ética es comprender la estructura lógica de los procesos de deliberación moral. En efecto, en la segunda parte del artículo sobre el método evolucionario aplicado a la moral nuestro autor sostiene que la ciencia ética “(...) pertenece a la lógica, a la teoría sobre los puntos de vista, las categorías y los métodos que desarrollan esos puntos de vista, para discutir la validez de la moralidad en general” (1902b, p. 354).

En los artículos que estamos considerando el pragmatista identifica tales métodos con el método histórico o genético. Tal método traza una genealogía de la creencia que puede remontarse hasta sus orígenes naturales, pero que no se reduce a ellos. En efecto en opinión de nuestro autor “El moralista debe dejar de intentar encontrar la clave de su problema en el instinto animal como tal” (1902a p. 119). Sin embargo esta genealogía sí tiene algo que ofrecer. En efecto, Dewey sostiene que el método genético o histórico nos dice que frente a una creencia o actitud moral “debemos considerarla en relación con los antecedentes que la suscitan, y en relación con su carrera y destino posterior. Ella surge en un cierto contexto, y como reacción a ciertas circunstancias; tiene una historia subsecuente que puede ser trazada; mantiene y refuerza ciertas condiciones y modifica otras. Se vuelve un estímulo que provoca nuevos modos de acción. Ahora que vemos cómo y porqué se originó y también conocemos qué más se generó por causa de ella, tenemos un control sobre su valor de la creencia del cual carecemos completamente cuando la tratamos como una intuición aislada” (1902b, p. 359).

Resulta claro que Dewey está proponiendo que el trazado de una genealogía de nuestras creencias morales, un análisis del contexto en el que surgen y de las razones por las que lo hacen constituye un elemento fundamental en la determinación de su valor. El tipo de proceso en el que nuestro autor está pensado puede compararse a muchas de las críticas actuales sobre ciertas creencias morales que intentan trazar su genealogía y ponerla en relación con lo que se denomina el patriarcado, cuestionando así su legitimidad. Por ejemplo, el establecimiento de un vínculo claro entre prohibición del aborto y cultura machista, podría constituirse en una razón de peso para abandonar la creencia en tal prohibición.

5. Conclusiones

A lo largo de este trabajo hemos tratado de mostrar cómo el desplazamiento de la tarea de la filosofía hacia una crítica ético-política de los fines y valores de la ciencia que propone Dewey puede vincularse a su vez con la crítica de las creencias morales. Éstas son susceptibles de ser rastreadas en su origen, misión conferida a la teoría ética, y su valor puede determinarse a través de lo que nuestro autor llama “método evolucionario” o “genético”. La teoría ética, haciendo uso de este método, permitiría contribuir a los

procesos de deliberación consistentes en la evaluación y elección de los fines de las prácticas, incorporando al mismo tiempo en estos procesos información establecida y aceptada por la comunidad científica.

Resulta claro entonces que si bien la influencia de la teoría de la evolución en el pensamiento de John Dewey es más explícita en sus escritos tempranos, ésta siguió operando de modo implícito como un presupuesto metodológico, integrándose además a otras influencias provenientes de otras áreas científicas, por ejemplo, la antropología. En este sentido, parece haber un desplazamiento en el pensamiento de Dewey desde un compromiso mayor con disciplinas como la biología o la psicología de bases biológicas, hacia disciplinas más sociales como la etnografía, la antropología y la sociología.

Esta cuestión de la utilización por parte de las ciencias sociales y las humanidades, y especialmente de la ética y la política era ciertamente una cuestión de vital importancia para nuestro autor. Sin embargo, no se trata de una mera “aplicación” de la ciencia en la ética ni de una “deducción” de principios morales a partir de hechos científicos. Se trata más bien del uso inteligente, hipotético e incluso creativo, del conocimiento y los principios disponibles para resolver los problemas concretos a los que nos enfrentamos cuando tomamos decisiones en cuestiones de relevancia ético-política. En sus palabras

Probablemente la gran necesidad del tiempo presente es romper con las tradicionales barreras que hay entre el conocimiento científico y moral, de modo de que haya un esfuerzo organizado y consecutivo en usar todo el conocimiento científico disponible para fines humanos y sociales (...) Cada generación, especialmente una que vive en un tiempo como el presente está bajo la responsabilidad de revisar sus stock de principios morales heredados y de reconsiderarlos en relación con las condiciones y necesidades contemporáneas. Es estúpido suponer que ello significa que todo principio moral es tan relativo a un estado particular de la sociedad de modo de que no tiene fuerza normativa en ninguna condición social. El mandato es descubrir qué principios son relevantes en nuestro propio estado social (Iw.7.283).

Referencias Bibliográficas

Cohen, Morris R. (1914) History Versus Value. *The Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, Vol. 11, No. 26, pp. 701-716

de Waal, Frans. (2007)*Primates y filósofos. La evolución de la moral del simio al hombre.* Barcelona: Paidós

Dewey, John. (1898). Evolution and ethics. *The Monist* 8(3): 321—341

Dewey, John.(1902a) The Evolutionary Method as Applied to Morality.*Philosophical Review* 11 (2):107-124.

Dewey, John. (1902b) The Evolutionary Method as Applied to Morality: II. Its Significance for Conduct.*Philosophical Review* 11 (4):353-371

Dewey, John. (1985)*The Later Works of John Dewey, 1925-1953.* 17 vols. Carbondale and Edwardsville: Southern Illinois University Press (1w)

Peirce, Charles S.(2012). *Obra filosófica reunida*, México: FCE

Popp Jerome (2007)*Evolution's First Philosopher: John Dewey and the Continuity of Nature.* Albany, NY: State University of New York Press,